

Dentro de la parte que abre *L'espoir*, Malraux ofrece una descripción de los primeros días de la guerra en Madrid y Barcelona. El autor recurre a estos entornos para representar, de un lado, los combates encarnizados que tienen lugar entre las milicias y los militares sublevados y, de otro, el entusiasmo y el fervor revolucionarios que invaden las calles de estas dos ciudades al comienzo de la contienda. Las milicias, sin embargo, debido a su desorganización e indisciplina, son incapaces de frenar por sí solas el avance de las fuerzas rebeldes, tal y como puede observarse, por ejemplo, en la caída de Toledo en manos del Ejército de África. Es a partir de ese momento cuando, frente a la creciente dificultad para aplacar la sublevación franquista, surge entre los dirigentes comunistas la necesidad de terminar con el “Apocalipsis”, es decir, con la improvisación y el caos que hasta entonces habían caracterizado a la revolución obrera y campesina, para así poder combatir más eficazmente a los militares sublevados. Las palabras pronunciadas por Magnin al final de “L’illusion lyrique” son premonitorias del cambio de rumbo que adoptará la lucha antifranquista:

El Apocalipsis quiere todo, todo enseguida; la revolución obtiene poco –lenta y duramente–. El peligro es que todo hombre lleva en sí el deseo de un Apocalipsis. Y que, en la lucha, ese deseo, pasado un tiempo bastante corto, es una derrota cierta por una razón muy simple: por su naturaleza misma, el Apocalipsis no tiene futuro⁶.

En la segunda parte, la organización y la disciplina comunistas terminan por imponerse dentro del bando gubernamental, circunstancia que hace posible la resistencia de Madrid frente al cerco rebelde al que está sometida la ciudad. Paralelamente al dominio comunista sobre otras tendencias antifranquistas –consolidado por la victoria momentánea obtenida sobre los nacionales en Madrid–, los éxitos se suceden en las filas republicanas. No obstante, en la tercera y última parte de la novela, Malraux muestra también alguno de los duros reveses sufridos por los gubernamentales, como fue, por ejemplo, la ocupación de Málaga por los rebeldes. Pese a no poder evitar esta derrota, la consolidación de la disciplina comunista resulta decisiva para que las fuerzas republicanas sigan obteniendo algunos triunfos; la novela concluye, precisamente, con una de ellas –la obtenida en Guadalajara sobre las tropas italianas fascistas–,

⁶Malraux, A., (2002). *La esperanza*. Madrid. Cátedra, p. 191.